

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XVI. — NÚM. 714

Madrid, 10 de Enero de 1935

PRECIO: 25 CÉNTS.

CRÓNICA

Temores y esperanzas.

AUNQUE para el creyente no debe haber años malos, hay años, como dice el salmo, «que vimos mal». El año que pasó ha sido uno de esos años en que las perspectivas sombrías y angustiosas han predominado en la ex-

periencia general sobre las esperanzadas y luminosas. Fué un año de continuos temores y alarmas, y en nuestra propia nación, de algo más triste todavía: de acontecimientos luctuosos, cuyo dolor no se calmará en algún tiempo.

El año que ha empezado no viene menos cargado de presagios ominosos; pero como todo lo nuevo, trae consigo un caudal todavía no gastado de esperanzas.

Continúa la guerra, que parece ya crónica, entre dos Repúblicas hermanas de nuestra raza y lengua: Bolivia y Paraguay. Fracasaron, una tras otra, varias tentativas pacificadoras, y los dos pueblos, enloquecidos, siguen sacrificando su juventud y sus recursos en una pugna agotadora. ¿Habrà victoria posible, sea cualquiera el resultado, que compense a ninguna de las dos Repúblicas de los males sufridos?

En China la guerra es endémica también. Aquel desgraciado país no ha disfrutado en muchos años un solo mes de paz; y el mundo se ha acostumbrado ya, hasta el punto de no hacer caso. Peligros aun más graves le preocupan. El momento menos pensado puede surgir una guerra entre Rusia y el Japón. Y en Europa tampoco estamos libres de temores, aunque parece que deberíamos haber escarmentado para siempre. ¿Para siempre? ¡Si el escarmiento durara siquiera la vida de una generación! Mr. Laval va a Roma, y los amigos de la paz hacen nuevos votos para que esta visita tenga felices resultados. Dice un periódico: «Si estas conversaciones tienen buen éxito, se asegurará la paz de Europa por veinte años.» ¡Veinte años de paz! Es lo más que nos atrevemos a esperar, y aun eso de una manera muy precaria. Y así vamos dando tumbos, de temor en temor, de alarma en alarma, todos diciendo que queremos la paz, y ninguno creyendo que pueda llegarse a su seguro disfrute. ¿Es que nuestra decantada cultura no puede conseguir otra cosa que inventar gases que maten a los hombres como ratas, y, por único remedio, caretas horribles que apenas logren, usadas a tiempo, salvar la vida, si vale la pena salvarla cuando tales horrores sobrevengan?

El nuevo trato.

Vengamos a cosas un poco más prometedoras. «El nuevo trato» (si se puede traducir así la frase *The New Deal*, lema de las enérgicas medidas implantadas en América para resolver los problemas de la depresión y del paro) está alcanzando en todo el país un apoyo que ha sorprendido a los elementos conservadores. Roosevelt está imponiendo, con aplauso de casi toda la nación, normas de regulación de trabajo y de jornales que la gran industria tiene que aceptar, en muchos casos, mal de su grado. Los que en España se quejan todavía del «tono socializante» de nuestra Constitución, o arrojan sobre las escasísimas mejoras que nuestras clases obreras han conseguido la culpa de todas nuestras desgracias, debían experimentar por algún tiempo un gobierno firme y duro que se preocupara de veras de la justicia social, para que se quejaran con un poco más motivo; no decimos con una poca más razón, porque tampoco la tendrían. Pero salga algún padre

Gafo hablando con un poco de comprensión de estas cuestiones, y se le echan encima sus mismos correligionarios, como si fuera un agitador peligroso.

Pero un nuevo trato, o una nueva partición, o una nueva manera de hacer las cosas,

hace falta si se quiere que los nuevos problemas tengan solución. No vale cruzarse de brazos y decir que todo se arreglará siguiendo los procedimientos antiguos, porque las situaciones son completamente nuevas y reclaman procedimientos nuevos. Ni se arreglará todo con que haya «caridad», aunque la caridad es la más grande de todas las virtudes, porque la caridad no tiene por misión sustituir a la justicia. Trátese a los hombres con justicia, lo primero, y después añádase encima toda la caridad que se quiera, que siempre habrá lugar para ella en los dolores y desgracias de la vida, aun cuando la justicia haya dado a cada uno lo suyo.

No todos en América están conformes con la nueva manera, ni es de esperar que los ciudadanos de ningún país se pongan todos de acuerdo sobre las medidas más eficaces para resolver los problemas que la realidad impone. Pero lo que da la medida de una sociedad no es precisamente la forma en que procura el remedio de los males, sino la manera de sentirlos. Lo que hay que censurar en las clases conservadoras españolas es sencillamente su indiferencia y su incomprensión. No es que se oponen a ésta o la otra solución. Es que no les interesa ninguna.

Revisión constitucional.

Está poniéndose sobre el tapete la debatida cuestión de la reforma constitucional. Los que más ruidosamente la reclamaban hace un año son ahora los que menos prisa tienen en que se haga. No están tan seguros, como pretenden, del apoyo de la opinión para sus planes revisionistas. En realidad, no es un punto o dos lo que les molesta en nuestro Código fundamental, sino todo él, de arriba abajo.

Que convenga retocar la Constitución será probablemente cierto. La Constitución de esta segunda República española se discutió y aprobó en un ambiente de fervoroso republicanismo y abriendo, en muchos casos, caminos completamente inexplorados en nuestro país. La experiencia puede haber enseñado algunas cosas. Parece natural que se aprovechen esas lecciones.

Pero bien claro está que no es sencillamente esto lo que las derechas van buscando. Lo que quieren es cambiar radicalmente el carácter de nuestra Constitución republicana. Y en esto, esperamos que no se salgan con la suya.

Una revisión constitucional debe dejar acentuadas las grandes líneas de nuestra Ley fundamental, que están bien puestas. El derecho de las regiones a una autonomía compatible con la soberanía del Estado, que deje amplio campo al desarrollo de la propia vida política, económica y cultural; la atención a los problemas sociales y el cauce legal abierto a posibles soluciones; el concepto subordinado del derecho de propiedad como función social que tiene por fin el bien general; y, sobre todo, la libertad religiosa, con su natural consecuencia de la absoluta neutralidad del Estado frente a las diferentes confesiones religiosas, con respeto para todas y sin preferencias para ninguna; éstos son rasgos que, lejos de borrarse, deben recibir una decidida confirmación.

El «laicismo» de nuestra República es uno de los rasgos que

más rabiosamente combaten nuestras católicas derechas. Es para ellas una impiedad abominable, aunque tres años de experiencia debían haber demostrado suficientemente su carácter inofensivo. No ha tomado en España (y nadie se alegra por ello tanto como los cristianos evangélicos) el tono antirreligioso que en otros países ostenta. Es sencillamente la única fórmula posible para la pacífica convivencia de todos los ciudadanos, sin ofensa para sus diferentes convicciones religiosas. Con su respeto para los sagrados derechos de la conciencia, el laicismo de la República española

es mil veces más religioso que la incalificable intolerancia que bajo la monarquía católica hemos padecido por tanto tiempo.

CARLOS ARAUJO GARCIA.

**ESTE NÚMERO HA SIDO
VISADO POR LA CENSURA**

JESUCRISTO

«Por lo cual Dios también lo ensalzó a lo sumo, y dió-le un nombre, que es sobre todo nombre.» (Fil., II, 9.)

Es tan evidente que Jesucristo es el hecho más transcendental de la historia de la Humanidad, que todos, quieran o no, lo reconocen: los creyentes con toda razón, y los no creyentes contra toda lógica. En efecto, casi todos los historiadores dedican solamente unas cuantas líneas para narrarlo, reconociendo, al hacerlo tan parcamente, la poca importancia que le conceden. Y no obstante, desde este hecho cambia el cómputo de los años, dividiendo la historia en dos partes, una antes de Jesucristo, y la otra después de Jesucristo, comenzando a contar los años de esta parte, desde este hecho histórico.

Si este hecho es de poca importancia ¿cómo se explica este cambio? ¿Es que al enfrentarse con la vida de Jesús tan breve, en rigor sólo tres años, sin moverse de Palestina, pueblo de escasa influencia política, han creído que bastaban unas pocas líneas para hablar de este hombre? Pero... precisamente, ¿no les dice que lo que ha hecho este hombre, ha de ser extraordinario y transcendental, tanto más extraordinario y transcendental, cuantos son menos los hechos que hizo, pues la exigua cantidad de éstos, hace resaltar la calidad de los mismos? ¿En qué nivel queda la perspicacia de estos historiadores que no han sabido ver la importancia de aquel hecho que ha llenado la vida de los pueblos que han entrado en la nueva civilización, nacida precisamente de aquel hecho, durante estos veinte siglos? ¿Dónde está la lógica de estos señores? ¿No es esto la confirmación de lo que leemos en la Palabra de Dios que «se desvanecieron en sus discursos, y el necio corazón de ellos fué entenebrecido»? Y ¿qué diremos de los que en nuestros días se han atrevido a negar la existencia de Jesús? ¿No se ha entenebrecido su corazón al negar este hecho por ser extraordinario, puesto que tienen que admitir, al negarlo, otro mucho más extraordinario, con la agravante de que es completamente ilógico? Ved si no, ¿qué más extraordinario, que lo que no ha sido, haya influido, más que otra cosa, en la Humanidad? ¿Qué más extraordinario que establecer el hecho de que lo que no ha existido es lo que ha llenado la historia de estos veinte siglos?

¿Qué un hombre que no ha existido es el que vive, más que todos los vivos, en millones de corazones? ¿Qué pueblos celebran aniversarios de hechos no acontecidos? Y no obstante, los pueblos que han vivido en la civilización nacida de un hecho no acontecido, celebran, año tras año, los aniversarios del nacimiento, muerte y resurrección de Jesús, hechos que no han sucedido ya que, según ellos, no ha existido Jesús. ¿No es todo esto mucho más extraordinario e inexplicable que aquel hecho que niegan estos señores? ¿Con cuanta verdad la pretendida incredulidad es la más crédula del mundo!

Pero oíd la razón que da uno de esos señores para no admitir la existencia de Jesús: si Jesús ha existido tal como nos cuentan los Evangelios, forzosamente sería tal como ellos dicen, el Hijo de Dios, y como no es posible semejante cosa, no se puede admitir que haya existido. Es decir, porque ese señor, a priori, no admite una cosa, esa cosa no puede existir. ¿Es esto lógico? ¿Es científico? Ante los hechos, la ciencia enseña que no hay más remedio que admitirlos y estudiarlos. Los Evangelios son un hecho: estudiémoslos, pues, con serenidad. ¿Narran una vida que no ha sido tal? Entonces, ¿cómo los señores literatos no se han dado cuenta de la enorme injusticia que han cometido al no poner los nombres de los cuatro evangelistas por encima de todos los literatos, al describirnos al personaje más original, extraordinario y sublime que jamás han descrito, y lo que es más, jamás describirán los hombres? ¿No sería esto la creación literaria más portentosa? Y sobre la dificultad de admitir tal creación, hay que admitir no a un autor, sino a cuatro autores. ¿No es más extraordinario el admitir semejante hipótesis que admitir lo que dicen los evangelistas que escribieron lo que sus ojos vieron y oyeron sus oídos? Nuestra incredulidad no nos permite ser tan crédulos para aceptar semejantes absurdos, y nos fuerza a aceptar, como completamente natural, ya que nos explica el por qué de la historia de estos veinte siglos de Cristianismo, este hecho, el más transcendental de la historia, Jesucristo.

Con razón está escrito en la Palabra de Dios, sobre Jesucristo: «Por lo cual Dios también lo ensalzó a lo sumo, y dióle un nombre que es sobre todo nombre». Y mucho más cuanto también está escrito: «No hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hech., IV, 12).

ALFONSO VALLMITJANA.

La edad de los Patriarcas.

Tomamos de un periódico holandés las siguientes interesantes observaciones:

El hombre primitivo era cazador y varias clases de caza primitiva podían hacerse mejor en noches de luna. De ahí que las diferentes fases de la luna deben haber llamado su atención muy temprano. Durante muchos siglos el tiempo que transcurre entre dos lunas llenas o dos lunas nuevas debe haber sido la unidad más extensa con que se ha medido el tiempo y cabe suponer que el tiempo de los patriarcas coincide con este período. El «año» más antiguo era el tiempo transcurrido entre dos lunas llenas, y si Matusalén murió a la madura edad de 969 años, probablemente habrá alcanzado sólo la edad de otros tantos meses, lo que reduce su edad patriarcal a 80 años y 9 meses, lo que en aquellos tiempos, seguramente nada fáciles, podría considerarse como una edad bastante avanzada.

El siguiente período de más duración, con el que puede haber contado el hombre, es el de cinco meses, ya que el hombre primitivo contaba por los dedos. Si Abraham vivió en ese período, podemos reducir la inverosímil duración de su vida de 175 años a 72 años y 11 meses, lo que corresponde mejor con la edad que suele alcanzar el cuerpo humano.

Es de suponer que no se hayan atendido mucho tiempo a este período de cinco meses en vista de que no es divisible en el número de meses que nosotros ahora llamamos un año. Ahora bien, una oveja tarda tres meses en echar sus corderitos a este valle de lágrimas y en las regiones meridionales, donde los pueblos ganaderos de la Biblia vivían, puede pedirse a una buena oveja que cumpla este deber maternal dos veces al año. Por esto no puede haber durado mucho, hasta que estos pastores llegaron a la conclusión de que seis meses señalan el tiempo de las diferentes épocas mucho mejor que cinco meses. Si suponemos que los «años» de Jacob eran de esta índole, entonces en vez de 147 años sólo ha vivido 73 años y 6 meses.

Después del regreso de Egipto, sin embargo, los años bíblicos coinciden con los nuestros de hoy, pues los egipcios ya hacía mucho tiempo que habían descubierto el año solar de 365 días y un cuarto...

Hasta aquí el *Correo de La Haya* (Haagshe Port del 3 de Marzo 1934). No nos explica cómo pueden reducirse los 120 años de Moisés, «versado en el arte de los egipcios», ni cómo Jacob llegó a mayor edad que Abraham, cuando él mismo afirma que sus años son cortos y malos y no llegan a los de sus mayores, pero las suposiciones no dejan de ser interesantes, aunque no tengan más valor que ése, de ser «suposiciones».



LA IGLESIA EVANGÉLICA DEL REDENTOR, MADRID

Vista general del hermoso templo que la Iglesia Española Reformada posee en Madrid, y que tanto ruido metió en los días lejanos de su apertura. Después de cuarenta y cuatro años de su construcción, es la primera vista del frente que ha podido obtenerse, merced a las obras municipales que se están realizando delante del edificio. Una vez terminadas, ya no será posible conseguir otra vista semejante.

(Fot. Alfonso.)

VIDA NUEVA

Mat., XVIII, 1-9.

NOSOTROS nos encontramos en nuestra profesión y en nuestro trabajo — por nombrar lo más fácil — como en un callejón sin salida. Diariamente trabajamos en la oficina, en la fábrica, en el taller o en las labores de la casa; sí, pero trabajamos sin alegría. Sin alegría empezamos ya de mañana y sin alegría dejamos el trabajo por la noche. Hacemos lo que tenemos que hacer, pero como de una manera mecánica. O lo que es todavía peor — y me refiero a las profesiones intelectuales, a nosotros, los pastores, a los maestros, médicos y abogados —, hacemos nuestro trabajo por rutina y de rutina. La ruedecilla se mueve, se gana dinero... pero no preguntemos de qué manera. Visto desde fuera parece que todo está en orden, pero en el fondo es lo contrario; la ruedecilla se mueve en el vacío desde hace mucho tiempo. Pensemos en algo aún más profundo: nos hemos casado, el hombre vive como marido de su mujer, ésta como esposa de su marido, los padres viven como tales con sus hijos, marido y mujer son compañeros de trabajos y fatigas. Y sin

embargo, nos encontramos en un callejón sin salida; porque ¿qué ha sido de aquella alegría, de aquella tensión vital, de aquel impulso que nos movía, cosas todas que no pueden faltar en el matrimonio, so pena de que la vida se haga insoportable? Es verdad que a pesar de todo vivimos en armonía matrimonial... pero como si soportásemos una carga. Cuántos matrimonios son una carga, qué vacío tan enorme hay entre padres e hijos, entre amigos y amigos. Pero aun hay algo más profundo: ¡Nuestras faltas, nuestras debilidades, nuestros pecados! Ya de niños caímos en todo ello. Al principio hacíamos esfuerzos por libertarnos, pero poco a poco esas cosas han ido creciendo alrededor nuestro, hasta impedirnos el movimiento. Hoy apenas si hacemos ya esfuerzo alguno por recobrar la libertad, pero suspiramos y sufrimos. Para los que hemos alcanzado cierta edad no hay acaso algo más difícil de soportar que el convencimiento de que en muchas cosas no podemos volver atrás ¿verdad?

Más oigamos la Palabra: «Que si no os volviéreis y fuéreis como niños...» ¿Qué significa esto? Algo importante, sin duda. Eso tiene que significar — es imposible que signifique otra cosa — que ¡sí se puede volver

atrás! ¡Sí se puede empezar de nuevo! Para nosotros, precisamente para nosotros, los que estamos en un callejón sin salida, los que equivocamos el camino, los maduros de edad, los que estamos acaso más cerca de la muerte que otros, para nosotros, digo, hay una posibilidad, una esperanza, un porvenir, una nueva juventud.

Jesús no se burla de nosotros. Cuando Él dice: «Que si no os volviéreis y fuéreis como niños...», significa: «Podéis volver y ser como niños.» ¡Así, pues, hacedlo! Esa posibilidad de un «recomenzar» en medio de una ya casi acabada vida, esa posibilidad viene con Jesús, de Jesús y por causa de su santo nombre. Todo lo que de Jesús pueda decirse queda compendiado en esas palabras. Y venir a Jesús quiere decir creer en la posibilidad que por Él, y por nadie más, tenemos; quiere decir también, sentirse viejo y cansado de luchar; quiere decir, vivir ya sin esperanza y sin fe en posibilidad alguna... y oír: «Venid a mí vosotros todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar».

No debe entenderse el descanso que Jesús ofrece como si tuviéramos que ser niños de veras, es decir, hombres pueriles, sino que nosotros, los perdidos, también podemos lle-

gar a un punto donde la vida comienza de nuevo. Ya dijimos que hay muchas cosas externas e internas a las que jamás podremos retornar, y precisamente por eso nos es dado hacerlo en mayor escala de lo que nos atrevemos a suponer y dentro de las cosas secundarias exteriores e internas de nuestra vida. Jesucristo da un comienzo de nuevo, una regeneración, tanto a nuestras relaciones materiales y espirituales, como a nuestras enfermedades y necesidades. ¡Nosotros podemos! Oigámoslo una vez más, dejemos que el Evangelio nos hable. ¡Nosotros podemos!

No pongamos ningún obstáculo, no diga-

mos: No, yo no puedo, soy ya viejo, estoy perdido, en mi vida nada volverá a ser nuevo... No hay tal, no hay tal. ¡Nosotros podemos! He aquí la gracia de Dios en Jesucristo, la gracia que rompe las cadenas con que estamos sujetos a la vieja y triste sabiduría del «yo no puedo». ¡Sí puedes! ¡Levántate y anda! Cristo te da nueva esperanza y nuevo porvenir. ¡Ah, si pudiéramos oírlo y verlo!

(Traducción de M. G. M.)

(De un sermón del doctor en Teología y predicador en la Catedral de Basilea, Eduard Thurneysen, que se interesa mucho por los evangélicos españoles.)

Enseñanzas de la Historia eclesiástica.

UNA de las virtudes más admirables, y que de ninguna manera se halla tan sólo entre cristianos, es la hospitalidad. Conocemos numerosos casos en que se ha practicado y se sigue practicando por personas a quienes su propia experiencia les ha enseñado lo que es hallarse en lugares y entre gentes extrañas; aunque tampoco falten ejemplos de lo contrario, como aquellos samaritanos que no querían admitir a Jesús en su pueblo. En el mundo antiguo sabemos que ya en tiempos de Homero existían relaciones de hospitalidad mutua, que se mantenían en ciertas familias a través de varias generaciones, y numerosos ejemplos demuestran lo mismo para la época en que florecía la Iglesia primitiva. Sin embargo, entre los cristianos, el ayudar a forasteros y a necesitados, es decir, la hospitalidad y el dar limosnas, había adquirido un grado que causaba la admiración de los extraños. Porque en la Iglesia cristiana se practicaba lo uno y lo otro con gente desconocida anteriormente y con una generosidad y desinterés poco comunes en el mundo egoísta. Entre los evangélicos españoles vemos con gozo que hay mucho de esto, y de ello nos podemos congratular. Pero asimismo observamos otro rasgo relacionado con esta cuestión y, por tanto, juzgamos que puede ser de interés también en nuestros tiempos considerar la conducta de la Iglesia primitiva en este aspecto. Nos referimos a la práctica de individuos poco escrupulosos, que abusan de la benevolencia, invocando el nombre de Cristo directamente, o apelando (lo que en resumidas cuentas viene a ser lo mismo) a los sentimientos caritativos, a la disposición de ayudar a otros, que debe abrigar el corazón del cristiano. No nos parece que ésta sea cuestión que dependa del carácter nacional, ni del estado social; conocemos «sablistas» de diferentes nacionalidades, y en cuanto a la posición social, acuden a nuestra memoria de tiempos anteriores, un ateneísta al lado de un funcionario del Ministerio de Estado y, en épocas más recientes, maestros nacionales, de aquellos que se llenan la boca y los oídos de otros con su «elevada misión

regeneradora», pero toman el augusto ministerio de la enseñanza como industria, juntamente con comerciantes, industriales y «obreros sin trabajo», según ellos, sin contar el número, bastante importante por cierto, de seminaristas, curas y frailes, con o sin el ex delante de su profesión. El considerable tanto por ciento con que esta última clase contribuye al número de los pedigüños, nos ha hecho pensar que acaso la institución de los frailes mendicantes, juntamente con el comunismo que se practica en los conventos ya desde tiempos antiguos, y la enseñanza, de origen budista, de que el dar limosnas ya en sí constituye un mérito, hayan contribuido a desarrollar más la inclinación del hombre natural a «vivir de gorra». Sea esto como quiera, ya en la Iglesia antigua los sablistas habían llegado a constituir una plaga, contra la que era necesario tomar medidas adecuadas.

En 1.^a Timoteo, capítulo V, versículo 6, es decir, en tiempos apostólicos, ya se dice que hay hombres que tienen la piedad por granjería, y se aconseja a los cristianos que se guarden de los tales.

En la obra de Hermas, *El Pastor*, en su segundo libro y segundo mandamiento, se dice acerca de las obras de beneficencia: «De la recompensa por vuestros trabajos, que Dios os otorga, dad a todos los necesitados, en sencillez de corazón, no vacilando a quién habéis de dar o no. Dad a todos, porque Dios quiere que sus dádivas sean compartidas entre todos. Aquellos que reciben tendrán que dar cuenta a Dios de por qué causa y razón han recibido; porque los afligidos, que reciben, no serán condenados; pero los que reciben con pretextos falsos sufrirán castigo».

Pero la generosidad cristiana, aplicada en esta forma, debió causar inconvenientes; y así en la «Enseñanza de los Doce Apóstoles», capítulo XII, leemos: «A todo el que venga en el nombre del Señor, se le debe recibir; pero luego le debéis examinar y conocer, porque habéis de mostrar inteligencia a diestra y a siniestra. Si es un forastero que está de paso, ayudadle todo lo que podáis; mas no ha de estar entre vosotros más

de dos días, o en caso de necesidad, tres. Pero si quiere fijar su residencia entre vosotros y es industrial, que trabaje y coma. Si no tiene oficio ni industria, mirad por él, lo mejor que podáis, que ningún cristiano viva entre vosotros ocioso. Pero si no quiere proceder así, entonces es uno de aquellos que abusan del Cristianismo, como si fuera una industria; guardaos de los tales».

Para el cristiano el trabajo no es deshonra, sino cumplimiento de la ley de Dios, que trae consigo muchos beneficios. Dice el gran pensador cristiano Kingsley: «Dale gracias a Dios, cada mañana cuando te levantas, de que tienes algo que hacer en aquel día, que debe hacerse de todos modos, que te guste o no. El estar obligado a trabajar y obligado a hacerlo de la mejor manera que puedas, desarrollará en ti templanza, firmeza de carácter, diligencia, energía de voluntad, contento y cien otras virtudes que los ociosos no llegarán a conocer jamás».

Podríamos aducir mayor número de textos, pero no alterarían el sentido de la enseñanza, que de los citados se desprende.

Limosna se deriva del griego «eleemosyne», que significa misericordia. La misericordia, el impulso de ayudar al prójimo porque lo necesita, es para nosotros un mandamiento de Dios; pero el dar limosna, donde no es necesaria, no es un bien que se haga al prójimo, sino un daño, un perjuicio, porque le facilitamos al que la recibe el ir contra el orden establecido por Dios. Entonces nosotros, en vez de ayudadores nos constituimos en motivo de tropiezo, en escándalo; con limosnas imprudentes fomentamos el vicio. La palabra de la «Enseñanza de los Doce Apóstoles», de que hemos de mostrar inteligencia a diestra y a siniestra, aplicada a estos casos, coincide con el mandamiento general del apóstol, de que no debemos ser niños en la inteligencia, y tiene como fondo obscuro, que hace resaltar más aún su importancia, la experiencia de que los mismos sablistas, aunque nos den coba al estar delante de nosotros, luego nos desprecian como a tontos. También hay que tener en cuenta el daño que hacen, tomando para sí lo que podía aliviar a los verdaderamente necesitados, y restando voluntad de ayudar a los que se han visto engañados por un proceder tan vil.

Para el cristiano quedará la obligación de no cansarse de hacer bien a pesar de tales abusos, y de hacer obras de misericordia no sólo con gozo, sino también con inteligencia.

En cuanto a los otros, se desprende con toda claridad la conclusión: «el sablista no es cristiano, ni debe ser considerado como tal por los que pertenecen a la Iglesia».

Claro que para él también está señalada la dirección en que puede volver de su mal camino; pues se le puede aplicar la palabra apostólica: «El que ha hurtado no hurte más, sino que trabaje, para que tenga con qué socorrer al necesitado»; y el ejemplo de Zaqueo cuando se convirtió: «Si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo con él cuatro tantos».

JORGE FLIEDNER.

¡Alerta centinela! ¡Alerta está!

«Muy pronto van a comenzar los estudios de la reforma de la Constitución, muy especialmente de los artículos 26 y 48 y de las disposiciones sectarias dimanantes de estos artículos. Yo digo que podrá haber transacciones sobre lo dogmático; pero sobre lo que es el sentir de nuestras conciencias, sobre eso no admitimos discusión. Acerca de esto no nos prestaremos a nada, y en caso de que no nos sea posible cumplir lo que yo os digo, nos iremos.»

(Palabras del Sr. Gil (don José María), tomadas de *El Sol*. 23-12-1934.)

¿Peligra la libertad de conciencia? No lo sé. Hay quien dice que no. Lo cierto es que esa libertad está consignada en el artículo 26 de la Constitución, y el Sr. Gil, hijo del catedrático Gil Robles, de Salamanca, «tiene la evidencia» de que la reforma de ese artículo va a comenzar *muy pronto*. Damos la voz de alerta a los evangélicos y a los que con ellos simpatizan. No nos interesa el aspecto político de la cuestión; pero nos importa (y muy mucho) el sentido religioso y cultural de esa supuesta reforma. En el protestantismo caben las ideas políticas más opuestas: el fascismo y la democracia, el imperialismo y el socialismo, amor a la monarquía y predilección por la república. ¿División, desorientación, anarquía? No; libertad de pensamiento. El reino de Jesucristo no es de este mundo, y por eso el Evangelio no pone ningún veto a opiniones políticas; el Cristianismo evangélico, por lo mismo, no puede ni debe ser un partido político; mientras el Romanismo, por ser de este mundo, ha cristalizado y cristaliza en partidos políticos: carlismo, integrismo, «centro» (en Alemania). El Cristianismo verdad, o sea el Protestantismo, sólo tiene un interés primordial: el derecho de la conciencia, «el patrimonio del alma». Cuando ve atacado éste, todos se unen en apretado haz, por muy diferentes que sean sus opiniones políticas.

Las palabras del Sr. Gil son bastante obscuras: «Podrá haber transacciones sobre lo dogmático; pero sobre lo que es el sentir de nuestras conciencias, sobre eso no admitimos discusión.» ¿Es que coincidimos con él en la afirmación de la libertad de conciencia? Entonces estamos de enhorabuena. ¿Son posibles transacciones sobre lo dogmático, sobre diferencias confesionales? Magnífico. Pero, en la duda, debemos atenernos a la historia de los que le jalean y le apoyan. Él dice que las derechas que le combaten no le comprenden. Que si le comprendieran, estarían a su lado. Y el que más le defiende es *El Debate*, el periódico de los jesuitas. Y ya sabemos cómo entienden éstos la libertad religiosa. Dicen que su testaférro es el Sr. Gil, y si así es, la frase obscura resulta perfectamente clara. Libertad para los católicos, y presidio y muerte para los defensores del artículo que reintegra a España

a los países cultos, respetando los derechos inalienables de la conciencia.

Pero ¿es que los católicos no vamos a gozar de libertad? De la misma que los demás, ni más ni menos. No es posible volver, aunque a muchos les duela, a los tiempos de la Inquisición y de la noche de San Bartolomé, en Francia; a la extinción y expulsión de los ciudadanos más nobles y más valiosos, por pensar en religión por cuenta propia.

Desengañese el Sr. D. José María Gil y sus amigos: la intolerancia se acabó, y los que quieran restablecerla tendrán que pasar por encima de los cadáveres de los protestantes españoles. No conseguirán su objeto. «En caso de que no nos sea posible cumplir lo que yo os digo — dice D. José María —, nos iremos.» ¡Pues que se vayan!

¡Alerta, centinela!

Roma pierde terreno en la India.

El conocido indio Gandhi es uno de los patriotas más abnegados del mundo. Sobre ser abogado y haber hecho sus estudios en las Universidades de Inglaterra, ha renunciado a todas sus riquezas y vive como los más humildes de su país, hilando a mano el algodón y comiendo y vistiéndose como ellos; ha ayunado del todo, a veces, por semanas enteras, y trabaja con ahinco incansable por el bien de sus compatriotas, sobre los cuales ha ganado una enorme influencia.

Gran fama le han dado sus actividades políticas para conseguir que no fuese la India gobernada militarmente, sino que tuviese, dentro del Imperio británico, privilegios iguales a los que disfrutaban los demás dominios ingleses: el Canadá, por ejemplo, y África del Sur y Australia; pero aun más famoso le han hecho sus labores para librar a las clases bajas (de su patria) de las ignominias e inhabilidades infligidas por el sistema de *casta*, fruto nefario del paganismo imperante en la India desde siglos muy anteriores a la conquista inglesa, efectuada en las centurias XVIII y XIX.

Esta campaña social de Gandhi ha empezado a triunfar, ya que se han adherido a ella todos los elementos protestantes indios y fuertes falanges de budistas y otros no cristianos; pero la jerarquía romana no ha querido (o, a lo mejor, no ha podido) persuadir a los católicos de alta «casta» a identificarse con el movimiento y humillarse por abandonar su ficticia superioridad social. Y en protesta de esta lamentable falta de caridad cristiana, diez mil católicos indios, perteneciendo a tres mil familias, se han separado recientemente de la Iglesia romana y se han hecho (todos, según las noticias) luteranos.

¿Cuándo aprenderá Roma apóstata que son absolutamente incompatibles la altivez y el Cristianismo? Jamás, seguramente; porque el árbol maleado no puede llevar frutos buenos.

WALTER B. K. RIDGE.

Refranero del Año.

Enero, frío o templado, pásalo arropado.

Febrero, el corto, un día peor que otro.

Quien en Marzo no poda su viña, pierde la vendimia.

Abril frío, mucho pan y poco vino.

Mayo lluvioso, en la ciudad feo y en la huerta hermoso.

Junio, hoz en puño.

Quien no trilla en Julio, no trilla a su gusto.

En Agosto, uvas y mosto.

Septiembre, al final del mes, el calor vuelve otra vez.

Octubre, rescoldito de lumbre.

Si no has sembrado en Noviembre, da lo mismo que no siembres.

En Diciembre, hielos y nieves; lebrillos de matanzas y roscos de aguardiente.


Un error que lamentamos.

Con verdadero sentimiento tenemos que reconocer que en la *Revista del año 1934*, publicada en nuestro número anterior, hemos cometido un error tan grande, que casi, casi ha sido moralmente un asesinato. Sin excitaciones de ninguna parte, tenemos que confesar el error y remediar la falta.

Era la noche de Navidad. Cansados, después de un largo servicio y predicación, y mientras muchos de nuestros lectores se hallarían entregados al descanso, nos ocupábamos en escribir la *Revista del año*, con la premura que nos imponía la necesidad de que a la mañana siguiente fueran los originales a la Censura, a fin de que el periódico demorase la salida el menor tiempo posible. Rendidos por el sueño, llegábamos, a las tres de la madrugada, al término del trabajo; las cosas ocurridas en el año se agolpaban a nuestra mente, y, en tal estado, confundimos el nombre de D.^a Josefina Arrou con el de su hermana Carmen, que es la que entró en el gozo de su Señor. La señorita Josefina continúa en el mundo, y nosotros deseamos que Dios la colme de bendiciones mientras sea su voluntad que permanezca entre nosotros.

Confesamos sinceramente el *lapsus* cometido, y esperamos que la señorita Arrou sabrá perdonarnos.

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA



REVELACIÓN

Lo que fuimos y lo que somos.

La actitud de un médico hacia un enfermo que viene a consultarle a su clínica, dependerá en gran parte del carácter y sentir del doctor. Si es un hombre interesado en el bien de la Humanidad, que mira a su profesión según las leyes éticas que han aumentado a través de los siglos desde los días de Hipócrates y Galeno hasta nuestros tiempos, se interesará por su paciente y buscará la causa de su enfermedad para poder combatirla. Si por el contrario es un médico oportunista que busca solamente una manera de vivir respetable, sin otro pensamiento que el de su propio interés, es posible que hasta invente síntomas para prolongar el período de curación.

De la misma manera, el hombre que se pone ante un auditorio para ministrar las cosas espirituales ha de ver el espíritu y las almas de los que están delante de él, y buscar de ministrarles bajo la dirección del Espíritu Santo, o de lo contrario cualquier otro motivo será vacío y sin provecho alguno para los que le escuchan. El Señor Jesucristo nos dio la diferencia entre el verdadero pastor y el asalariado, enseñó que todo el pensamiento y el deseo del verdadero pastor se concentraba en el cuidado de sus ovejas.

Este mismo pensamiento estaba en mi mente el otro día cuando me preguntaron cómo escogía yo mis sermones, siendo como es mi auditorio tan numeroso y diverso. ¿Qué tema debe escogerse para alcanzar las múltiples necesidades de una multitud tan variada? Con franqueza digo que está más allá del poder de un hombre el satisfacer las necesidades de la Humanidad, y si lo que se oyere fuere solamente la voz de un hombre, no habría ninguna satisfacción espiritual para las almas hoy en día. Si este mensaje no se proclama con poder y con el Espíritu Santo y con mucha seguridad, como dice la Biblia, los oyentes habrán perdido el tiempo escuchando, porque ninguna fibra del corazón será tocada.

Buscando temas que pudieran alcanzar las diversas necesidades de mi auditorio, encontré en la Biblia una serie de contrastes, y voy a presentar algunos de ellos. Hay un tema que toca a cada uno de nosotros. Es Dios, quien habla de nuestro origen, nuestra condición presente y nuestro destino. No somos criaturas de la casualidad, juguete del azar. Nuestras sencillas mentes rechazan este pensamiento. Nos damos cuenta de que Dios nos ha formado para sí y de que nuestras almas no pueden conocer la paz hasta que descansen en el Creador, como dijo San Agustín.

Dios, en su gran revelación escrita, la Biblia, nos da ciertas declaraciones acerca de nosotros. Nos dice lo que fuimos, lo que somos y lo que seremos. También nos dice dónde estábamos, dónde estamos y dónde estaremos. Consideremos ahora algunas de estas grandes declaraciones.

Cuando Dios pinta el retrato de lo que éramos, no es muy halagador por cierto. Creo que mucha de la animosidad que hay contra la Biblia, tanto en nuestros días como en los días pasados, proviene del hecho de que nuestro Dios nos da una pintura del corazón humano muy terrible, tan negra y sombría que los hombres titubean al contemplarla, y a menos que ellos acepten el toque del Espíritu de Dios, rechazarán con horror las líneas que Dios traza para pintar su condición. El hombre está dispuesto a creer que sus antepasados eran bestias, viviendo en las selvas primitivas, pero no quiere aceptar la terrible figura que Dios da en su Palabra del corazón humano antes de ser regenerado por la gracia.

Porque la triste verdad está descubierta ante nosotros. Dios dice que nosotros estábamos muertos en nuestros delitos y pecados. ¡Muertos! Con vida física sí, pero muertos espiritualmente. Muertos con toda la fuerza de la analogía con la muerte física. La corrupción y decadencia que se posesiona del cuerpo físico no es nada comparada con las fuerzas que trabajan en el espíritu y en el alma, según declaración de Dios. El Espíritu de Dios nos dice que el que vive en pecado está muerto aunque vive.

Esto es lo que enciende el orgullo humano hasta una indignación fiera. Si se les pudiera decir a los hombres que en ellos hay una chispa de lo divino y que todo lo que deben hacer es soplarla para que se convierta en una llama divina, estarían contentos y satisfechos, sin darse cuenta de que ese mismo orgullo es prueba de lo que dice Dios, que en realidad están muertos.

Leemos en el veredicto de Dios acerca del corazón humano, no solamente que la Humanidad está espiritualmente muerta por causa del pecado, sino que esta muerte establece el golpe de la divina justicia, de manera que Dios nos llama «hijos de ira». Hay muchos que se olvidan de que Dios es santo y que por lo tanto es necesario que el pecado se castigue. El otro día me presentaron a un abogado y a los pocos minutos la conversación giró sobre las leyes. Discutimos ciertas cosas relacionadas con el crimen y la justicia indulgente, y yo afirmaba que debía de usarse la ley con más severidad, y señalé la tradicional concepción de la justicia; ésta de una figura de mujer representando la castidad, con ojos vendados, indicando que para la justicia no hay acep-

ción de personas, con un peso en su mano, para pesar las evidencias, y una espada desenvainada pronta para atacar al culpable. El abogado escuchó mi descripción de la justicia y me contestó sonriendo: «eso se encuentra sólo en la pintura o en la escultura». Esto es probable; la perfección en la justicia no se encuentra en los tribunales de los hombres. Esto se debe a que no somos perfectos en conocimiento, y obramos con cautela, temiendo equivocarnos; no somos perfectos en santidad y somos, por lo tanto, lentos en obrar, sabiendo que todos somos culpables hasta cierto punto.

Cuando nos enfrentamos con la justicia de Dios, tratamos con uno que es absolutamente perfecto en conocimiento. Uno que conoce los más recónditos secretos de nuestro ser, y que sabe los ocultos pensamientos de nuestro corazón. No hay nada en nosotros que no le sea manifiesto, y como todo lo que hay en nosotros Él lo ve y lo sabe, nos declara muertos espiritualmente. Cuando nos enfrentamos con la justicia de Dios tratamos con uno que es absolutamente santo y que, por consiguiente, necesita separar el pecado de Él. Por último, tratamos con uno que es perfecto en su justicia, por cuya razón ha de castigar donde quiera que haya la más mínima desviación de las reglas perfectas establecidas por Él. Es a la luz de nuestro conocimiento de Dios como podemos entender sin vacilar el por qué Él nos ha llamado hijos de ira.

Si reflexionamos bien nos daremos cuenta de que es por tener Dios esta clase de naturaleza, por lo que la encarnación y muerte de Cristo fué una necesidad imprescindible. ¿Qué fué lo que nos recomendó a la gracia de Dios? ¿Había algo hermoso en nuestro estado de muerte? ¿Había en nosotros algo atractivo para hacer que el Salvador viniese a nosotros? No; sino que todos tenemos que exclamar, ¡oh, qué maravilla que Cristo bajara del cielo, qué maravilla que Cristo muriera por mí!

La razón por la cual su venida a redimirnos es una maravilla se encuentra en la descripción de lo que éramos. Porque leemos que Dios encareció su amor para con nosotros, porque siendo aún pecadores Cristo murió por nosotros los impíos. Tomemos unas cuantas frases de diferentes partes de la Biblia, que describen la posición pecadora del hombre, y hagamos de ellas un sólo párrafo. «Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón» (Ef., IV, 18); «todos están debajo de pecado»; «todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios»; «no hay justo ni aun uno» (Rom., III, 9, 10, 23); «todos declinaron, juntamente se han corrompido; no hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno» (Salmo 14, 3); «toda boca se tape, todo el mundo se sujete a Dios» (Romanos, III, 19); «engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jere., XVII, 9); «todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal» (Génesis, VI, 5); «también éramos nosotros ne-

cios en otro tiempo, rebeldes, extraviados, sirviendo a concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y en envidia, aborrecibles, aborreciendo los unos a los otros» (Tit., III, 3); «anduvisteis conforme a la condición de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia» (Ef., II, 2); «la intención de la carne es enemistad contra Dios porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; así que, los que están en la carne no pueden agradar a Dios» (Rom., VIII, 7, 8); «todo el mundo yace bajo el dominio del maligno» (1.ª Juan, V, 19, V. M.).

Sería posible seguir este sermón no haciendo otra cosa que citar versículos de la Palabra de Dios que demuestran que el hombre es un extraño para Dios. Esto es algo muy diferente de la concepción popular del hombre que enseña su preeminencia; sin embargo, estamos ciertos que este retrato del hombre dado por Dios es según las realidades. Si somos sinceros en nuestros corazones, sabremos que éste es nuestro retrato.

Y fué esta misma razón la que movió a Jesucristo a venir a morir por nosotros. No había esperanza para el hombre fuera de Él, y por su amoroso corazón y por el mucho amor con que nos amó bajó a nosotros, compadeciéndose, y en gracia nos salvó. Aunque éramos sin atractivos, Él nos amó e hizo posible que saliésemos de toda nuestra miseria y nos trasladásemos a la luz maravillosa de la nueva vida que Él nos da cuando le aceptamos, poniéndonos en una nueva esfera y posición maravillosa y más allá del alcance de la imaginación humana. La historia del Evangelio es muy sencilla.

La historia del Evangelio es muy sencilla. Cristo toma a los hombres tal como son a la vista de Dios, y los da una nueva vida. Pongámoslo más claro. Dios no dice que Él toma lo que el hombre tiene y lo cambia; Él no hace tal cosa, no obra con la ayuda de materiales existentes. Cuando un hombre nace de nuevo Dios planta en él una nueva vida que antes nunca poseía. La verdad en el asunto es que no hay nada en el hombre que Dios puede usar. ¿Haría Dios uso de la corrupción de la muerte del hombre? No; sino para declararlo muerto y plantar una nueva vida al lado de la suya. ¿Tomaría Dios la posición del hombre como hijo de ira, hijo de desobediencia, hijo del Diablo, para tratar de remodelarla? ¡No! Él la declara muerta y la mira como crucificada con Cristo en la cruz, de manera que Él puede resucitar de la tumba abierta de Cristo una nueva creación.

Digámoslo otra vez para ponerlo más claro. Cristo recibe a los hombres tal como son, y sin tocar nada de lo que son o tienen, Él planta en ellos un principio de vida completamente nuevo. Esto es lo que constituye a uno cristiano. El intentar seguir su sistema de éticas no hace al hombre cristiano. Tampoco el esforzarse por vivir como Cristo, hace del hombre un cristiano. Para ser cristiano, según el sentido bíblico, el hombre tiene que aceptar, primeramente la sentencia de Dios acerca del corazón humano, como lo hemos visto; y segundo, ha de acep-

tar el dictamen de Dios acerca de la eterna satisfacción de la muerte — la muerte substitutiva — del Señor Jesucristo en la cruz. Cuando se hace esto Dios lleva al individuo a una esfera y posición enteramente nuevas.

Primero cambia su nombre. Ya no es más hijo de ira, ni hijo de desobediencia, sino hijo de Dios. La Biblia no enseña la doctrina de la paternidad universal de Dios, y la hermandad universal de los hombres. Leemos en Juan I, 12, «A todos los que le recibieron (Cristo), dióles potestad (derecho, autoridad) de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre». ¿Quién puede llamarse hijo de Dios? Aquel que ha recibido a Cristo como Salvador. Aquellos que han creído en su nombre, Jesús, Señor Jesucristo, Jehová-Jesús; aquellos que han recibido la autoridad dada por Dios; éstos son los únicos que tienen el derecho de llamar a Dios, Padre, y de llamarse hijos de Dios.

De manera que vemos que ahora somos en Cristo lo que nunca habíamos sido antes. Ahora somos los hijos de Dios, por la fe en Jesucristo. Hemos nacido de arriba. Una nueva vida ha sido concebida en nosotros y ha engendrado un nuevo nombre y título, una nueva posición y esperanza.

Una noche Pablo y Silas, orando y cantando himnos de alabanza a Dios en la cárcel de Filipo, fueron sueltos al instante por un gran terremoto. El carcelero, si juzgamos por las descripciones que encontramos en los clásicos, sería un hombre malo que viviría en la corrupción y explotación de sus prisioneros. La Biblia no nos dice esto, pero podemos pensar que él sería como los demás de su clase, porque creyendo que los prisioneros se habían escapado, y sabiendo que según la costumbre romana tenía que pagar con su vida la huida de sus prisioneros, sacó la espada para suicidarse. Pablo le gritó que todos estaban allí y el hombre pidiendo luz, vino temblando a la presencia de Pablo y Silas. Cuando los hubo sacado de la prisión les dijo, «señores, ¿qué es menester que haga para ser salvo?» Y ellos le contestaron con esas palabras que han sido tan preciosas a millones de personas a través de los siglos; «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa». No sabemos lo demás que le fué predicado en aquella noche. Sin duda que toda la historia del Evangelio fué repetida en la casa del carcelero. El hombre creyó. Sabemos, por un estudio del proceso de regeneración, según está revelado en la Palabra de Dios, lo que pasó en el carcelero de Filipo aquella memorable noche. Bajo el punto de vista de Dios, todos los pecados de aquel hombre fueron quitados y puestos en Jesucristo. La justicia, santidad y carácter de Cristo fueron puestos a cuenta de aquel hombre. Dios plantó en él una nueva vida, al lado de la naturaleza vieja que permaneció todavía en él. Pero esa nueva vida allí estaba. Podemos distinguir el gran cambio operado en el carcelero. Él lavó las heridas de los prisioneros; el mismo hombre que brutalmente les había azotado hacía poco rato y que era tan depravado como para quitarse la vida,

se doblegó ante Pablo y Silas para ministrarles sus cuidados tiernamente. Esto no vino por instinto natural, sino por la vida supernatural que le había sido implantada.

¿Qué fué lo que le sucedió a este hombre? Hemos citado hace un momento infinidad de frases, escogidas de la Palabra de Dios, que describen el corazón no regenerado del hombre. Es el retrato del corazón de este hombre, y de mi corazón y del vuestro. Ahora miremos la descripción que Dios nos da del hombre que confiesa con su boca al Señor Jesucristo y cree en su corazón que Dios le resucitó de los muertos. Es el retrato de este hombre como era en Cristo. Es también vuestro retrato si habéis creído en Jesús. Es, también, por la gracia de Dios mi retrato.

El carcelero había pasado de muerte a vida. Ya no había más condenación para él. Era ahora un hijo de Dios, heredero de Dios y coheredero con Cristo de esa herencia incorruptible y que no puede contaminarse, ni marchitarse. Él había nacido de arriba, nacido de nuevo, nacido del Espíritu en la familia de Dios. Adoptado y colocado en el lugar de un hijo. Bautizado por el Espíritu Santo en el cuerpo de Cristo y miembro del cuerpo invisible que es la Iglesia verdadera. Fué sellado con el Espíritu Santo hasta el día de redención. Poseía vida eterna y aunque tal vez no lo sabía, tenía el derecho de apropiarse por la fe esta posesión y de decir que él sabía que tenía vida eterna. Aunque su cara estuviese todavía marcada con las huellas del pecado, sin embargo su cuerpo se había convertido en templo del Espíritu Santo. Dios moraba en él, el Padre, Hijo y Espíritu. Los títulos dados por Dios eran de él en Cristo; era un creyente, santo, justificado, redimido. En aquel momento, el que había estado lejos fué hecho cercano por la sangre de Cristo. Él tenía acceso a la misma presencia de Dios sin ningún otro mediador que Jesucristo. Él tenía paz con Dios, habiendo sido reconciliado por la muerte de su Hijo. Siendo justificado, estaba libre de acusación. Nadie, ni aun Satanás mismo, podría acusarle. Nadie podía condenarle; Cristo había quitado sus pecados y le había dado su justicia. Él era poseedor de todo lo que está vinculado en la justificación. La sabiduría, justicia, santificación y redención de Cristo, fueron puestas a su cuenta. Él fué salvado para siempre de la ira. La maldición del pecado le fué removida. El sello del Espíritu era su garantía cierta de que la muerte, aun la muerte física, no podría tener dominio sobre él. Desde aquel momento era cierto que él resucitaría de los muertos con un cuerpo como el cuerpo glorificado del Señor Jesucristo. Este hombre, aunque entonces no hubiera sabido nada, tenía como inalienable posesión la positiva seguridad de ver a Jesucristo en su segunda venida, y de ser como Él en aquel momento. Se le aseguraba un lugar en el trono de gloria con el Señor. Su nombre era escrito como si estuviera grabado en el mismo fundamento de Dios; él nunca perecería, nada le arrebatara de la mano del Padre ni de la mano de

Cristo. Ni la muerte, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna otra criatura tendría el poder de separarle de la posesión gloriosa que era suya en aquel momento, por el amor de Dios que era en Cristo.

Ni un sólo átomo de esta gloriosa lista de dones y atributos fueron ganados por su mérito. Todo aquello era de él por lo que Jesucristo es y por lo que Él había hecho en el Calvario. Toda esta bendición es mía hoy. Sé que muchos de los que me oyen han hecho todo lo que Dios demanda y también ellos han recibido todo lo que Dios promete, aunque puede ser que no lo sepan todavía.

Y a ti, que nunca has creído en Cristo: Dios te ofrece todo esto, y aun más, por la mirada de fe al crucificado y resucitado Salvador. El retrato de nuestros corazones fuera de Cristo es tan negro como el pecado y la muerte; pero en Cristo todos somos vivificados con la luz de la santidad y poder. Donde quiera que os encontréis hoy, ¿no queréis aceptar en vuestro corazón la terrible sentencia de Dios acerca de vuestra perdida condición y el glorioso veredicto acerca de la eficacia eterna de la muerte de Jesucristo para salvaros eternamente y para siempre? Él hará todo lo que ha prometido.

D. G. BARNHOUSE

El autor del artículo titulado «Ahora», que salió en el número anterior, es el doctor Frank E. Gaebelein, director de una escuela preparatoria de varones, en Stony Brook, Long Island (U. S. A.), y autor de varios libros de estudios bíblicos.

Pecados de los cristianos.

No hay duda alguna de que los cristianos pecan. Dios nos ha dicho que si alguno niega la existencia de nuestra vieja naturaleza se engaña, y si admitimos la presencia de ella pero creemos que el pecado incurable se cura, «lo hacemos a Él mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1.^a Juan, capítulo I, 8-10). Estas aclaraciones están en la Epístola de San Juan como un negro engaste para que sobresalga la preciosa piedra de gracia que está entre ellas. Porque engastada entre estos dos textos que sirven para alejarnos de la falsa doctrina de la erradicación de la vieja naturaleza o la falsa doctrina que encuentra esperanza en ella, Dios nos ha dado la gran promesa de que «si confesamos nuestros pecados, Él es fiel (a los frutos justificadores de su misericordia desplegados en el Calvario) y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad».

Pero la misma verdad de que el perdón de nuestros pecados está garantizado por adelantado es el más grande llamamiento para que entreguemos nuestras vidas al Señor para que Él nos dé el poder para comportarnos como debemos. El segundo capítulo em-

pieza, «Hijitos míos», y estas dos palabras en el original es una sola que significa «nacidos». «Mis nacidos», el Espíritu Santo nos dice, «estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno (nacido de nuevo) hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo; y Él es la propiciación por nuestros pecados (pecados de los cristianos), y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1.^a Juan, II, 1, 2).

¡Qué contraste! Veamos lo que esto significa. Supongámonos que dos hombres se presentan delante de vosotros. Uno es incrédulo y el otro creyente. Los dos han sido tentados y los dos caen. ¿Qué pecado es el peor a la vista de Dios? El pecado del incrédulo es simplemente una mancha más en los trapos de inmundicia que Dios no puede jamás aceptar (Isa., LXIV, 6). El pecado del creyente es aun peor. Puede demostrarse

esto por un reparo hecho por un cristiano chino. En una ocasión le preguntaron: «¿En que se diferencia usted de sus compatriotas paganos?» Su respuesta ilustra nuestro texto. «Nosotros, los cristianos, llevamos un ropaje blanco sobre el cual se ve cualquier mancha».

Es verdad que el pecado fué perdonado antes de cometerse. Cristo lo llevó en su cuerpo sobre el madero de la cruz, y es una parte de «todas las cosas» de las cuales hemos sido justificados (Hechos, XIII, 39). Tan- ta más razón para que nuestro Dios sea severo con nosotros, no con un juicio que pudiera envolver nuestra salvación eterna, sino con una disciplina que puede hacer estremecer nuestras vidas ahora, y puede afectar nuestra recompensa en el cielo. «Conociendo, pues, el temor que al Señor se le debe, persuadimos a los hombres (cristianos)» (2.^a Cor., V, 11).

EL ABC DE LA BIBLIA

CAPITULO XXXVI.- LA GRAN REPRESENTACIÓN

En aquel tiempo de la prueba de la promesa, Dios planeó una gran representación. En el libro del Génesis Él nos ha dado una historia que podríamos muy bien decir que es una representación hecha por hombres escogidos para ese fin. Veremos cómo las cosas que sucedieron en las vidas de estos hombres eran figuras de cosas que habrían de venir. Dios llama los sucesos ocurridos en su vidas con un nombre que muy bien podríamos traducirlo «una representación». Debemos acordarnos que en aquellos tiempos la Biblia no existía, pues la primera palabra de la Biblia fué escrita años más tarde, cuando el primero de los libros de la Biblia, Job, fué escrito, probablemente durante los primeros años de la vida de Moisés. Por lo tanto, Dios se valía de varias formas para explicar a los hombres la historia de la redención antes de que ésta fuera escrita en los libros de Dios. Hemos visto ya que Caín y Abel debían de haber conocido esta historia. Seguramente que Enoch la sabía, porque él predicó acerca del juicio que vendría a la venida del Señor. Estos hombres tenían muchas cosas para recordarles las grandes verdades del Evangelio, aun cuando ellos no las tenían escritas en un libro.

Hemos visto algunas de las formas que Dios usó para enseñar a los hombres la historia de la salvación. Empezó en el Huerto del Edén, cuando Dios mismo mató a un animal para hacer de su piel ropaje adecuado para cubrir a los pecadores Adam y Eva. Vimos que esto era una figura, una especie de representación de la muerte del Señor Jesucristo para cubrir a todos los pecadores que creyeran en Él. También vimos cómo Caín y Abel representaron dos figuras de las dos clases de personas que viven en el mundo: aquéllas que creen en ellas mismas y en sus buenas obras, y aquellas otras

que tienen fe en la Palabra de Dios y aceptan lo que Él dice acerca de la sangre. Dios rechazó los hermosos frutos de Caín porque eran algo que él había producido y no tenía derecho a estar orgulloso; pero Dios aceptó el cordero de Abel porque era una figura de la muerte de Cristo. Estas fueron representaciones cortas que duraron breve tiempo; pero ahora Dios iba a empezar una representación muy larga que duraría muchos años, una representación que nos cuenta una hermosa historia.

Dios empezó esta gran representación con Abraham, y tardó muchos años para concluirla. La historia representada aquí es la gran historia del plan de la salvación. Veremos en ella a Dios el Padre, y lo que tuvo que hacer con la historia de la salvación. Veremos a Dios el Hijo, y cómo tuvo que nacer, hacerse hombre, morir y resucitar de los muertos. Veremos también a Dios el Espíritu Santo formando a la Iglesia de Dios, llamando a todos aquellos que creen en Jesucristo. Y, por último, veremos al Señor volviendo a la tierra para buscar a los suyos.

Habría algunos que se sorprendan al saber que todas estas cosas se encuentran escritas en el libro del Génesis; pero no debiera ser así. Jesucristo mismo dijo que Moisés, el que escribió el libro del Génesis, había escrito de Él. Después de la resurrección del Señor hubo algunos de sus discípulos que no le reconocieron en seguida. Ellos no podían comprender cómo el Mesías habría de morir. Jesús les respondió que eran tardos de corazón para creer *todo* lo que los profetas habían escrito de Él. Ellos habían creído las promesas de su gloria, pero no habían comprendido las de su sufrimiento, que era parte de lo que los profetas habían escrito de Él. Leemos en el Evangelio de San Lucas, «¿No era necesario que el Cristo pa-

deciera estas cosas, y que entrara en su gloria?» Y después leemos que «comenzando desde Moisés (esto es el Génesis), declararías en todas las Escrituras lo que de él decían» (Luc., XXIV, 26, 27). De manera que tenemos el derecho a encontrar todas estas cosas en el libro del Génesis.

En otra ocasión también el Señor Jesucristo habló a los hombres que le odiaban y querían matarle diciéndoles que ellos no le amaban porque no le habían buscado en el Antiguo Testamento; «si vosotros creyéis a Moisés, creeríais a mí; porque de mí escribió él». Y aun fué más lejos, hasta el punto de decirles, «si a sus escritos no creéis, ¿cómo creeréis a mis palabras?» (Juan, capítulo V, versículos 46, 47.)

Así que, no solamente debemos esperar encontrar la historia de Jesucristo escrita en el libro del Génesis, sino que debemos buscarla diligentemente, porque Jesucristo mismo nos dijo que no dejásemos de buscarla allí.

Pero antes de que el telón del primer acto de nuestra gran representación se levante es necesario decir unas cuantas palabras acerca de los actores. Eran hombres, y todos los hombres son pecadores; sin embargo, Dios fué capaz de usar a estos hombres para la representación de esta historia. No nos sorprendamos de esto, Dios siempre ha usado a los hombres, aunque son pecadores, en la obra de su gran plan. Él no escoge a los hombres para que trabajen por Él porque son buenos, sino que Dios los salva y los perdona a pesar de ser pecadores. Así como la Biblia nos dice que nuestro Señor Jesucristo dejó su mansión de gloria en el cielo y «tomó forma de siervo», también fué necesario usar a los hombres en su pecaminosa condición para que representaran por sus vidas la gran historia de la redención. Y nosotros debemos demostrar por nuestras vidas que Jesucristo vive en nosotros, aun cuando sabemos que tenemos pecado.

Así, no nos sorprendamos de ver a hombres como Abraham e Isaac, a quienes hemos visto ya diciendo mentiras y escondiéndose cobardemente detrás del honor de sus mujeres, representando las partes de Dios el Padre y Dios el Hijo en esta gran representación de la historia de la salvación que vamos a considerar.

El Nuevo Testamento

con notas destinadas a poner de relieve las verdades esenciales que él encierra, redactadas por el pastor Faivre, y traducidas al español por J. T. de la Cruz.

Interesante para estudio y consulta. De venta en la Librería Nacional y Extranjera Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Precio: 1,50 pesetas.

El próximo número de ESPAÑA EVANGÉLICA se publicará, Dios mediante, el jueves día 24 de Enero.

DICE LA BIBLIA...

Preguntas y Respuestas.

Pregunta.

¿Es la ley, como regla de vida, todavía obligatoria para los cristianos? Si se dice que no, ¿no será esto motivo de estimular el pecado?

Respuesta.

La gracia ha hecho y hace por un hombre más de lo que la ley jamás podría hacer. Leemos en Romanos, VI, 14, «Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros: pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia». Esta verdad de que los cristianos no están bajo la ley no significa que podemos quebrantar los diez mandamientos impunemente. Tratar de guardar los mandamientos es lo mismo que caminar por la orilla de un gran precipicio. Se arrastraría uno temiendo a cada momento caer en el abismo. Dios, al ponernos bajo la gracia, nos ha atado con una cuerda de manera que no podemos caer. Entonces el guardar los mandamientos no se hará por nuestra propia fortaleza, sino por el Espíritu Santo que mora en nosotros.

Hay una ley en el estado de Pennsylvania que requiere que todos los padres y madres cuiden de sus hijos y les den el alimento, vestido y albergue necesario. Pero ésta no es la razón por la cual los padres de Pennsylvania cuidan de sus hijos. Hay una ley mucho mayor que esa del Estado, es la ley del amor en el corazón de las madres que hace que el cuidado de sus hijos sea un placer y no mero cumplimiento de la ley. Puede haber algún caso aislado de monstruosidad maternal en que los hijos sean abandonados, pero esto no es lo normal, pues el instinto maternal es atender y cuidar de los hijos. De la misma manera Dios ha puesto en aquellos que han nacido de nuevo su gracia que nos da el instinto de querer hacer la voluntad de Dios. Cuando creemos, una nueva vida nos es dada, la vida misma de Cristo, porque «vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios» (Gál., II, 20). Esto es gracia. Y decirle a aquellos que en sinceridad han creído en Cristo que no están bajo la ley, sino bajo la gracia, no es tentarlos al pecado, sino quitar de ellos la idea de que tienen una serie de reglas para vivir por ellas, y en lugar de esto enseñarles que tienen una vida nueva a la cual han de entregarse, la vida predominante de Cristo, dándoles el poder de la resurrección de Cristo.

Pregunta.

¿Cuál es el significado de Gálatas, V, 4, «de la gracia habéis caído»? ¿Son salvos aquellos que han caído de la gracia?

Respuesta.

Uno no cae de la gracia por pecar. La Palabra de Dios claramente enseña que somos salvos por gracia, aparte de cualquier mérito o esfuerzo de nuestra parte. Igualmente es clara y definida la enseñanza de las Escrituras de que, después de haber nacido de nuevo, somos hechos perfectos, santificados y amoldados a la imagen y semejanza de Cristo, aparte de nuestro propio esfuerzo. No podemos ser salvos por las obras de la carne, tampoco podemos hacernos perfectos en

nuestra vida cristiana por las obras de la carne. No podemos ser salvos guardando la ley, como tampoco podemos hacernos perfectos tratando de guardar los mandamientos.

En la Iglesia de Galacia se introdujeron maestros judíos que trataban de hacer que los gentiles guardaran la ley. Ellos dijeron que no podrían llegar a ser buenos cristianos a menos que, además de creer en Jesucristo, guardaran la ley. De los tales Pablo dice, «Vacíos sois de Cristo los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído» (Gál., V, 4). Aquí había hombres creyentes que trataban de acumular un montón de méritos guardando la ley para justificarse por tales. Pablo dice, hablando por medio del Espíritu, que ellos de la gracia habían caído. Ellos se habían apartado del gran fundamento de la gracia, que es el único medio por el cual Dios puede luchar con el hombre pecador, y se habían vuelto a la ley como medio de crecimiento en la vida cristiana. Dios nunca intentó que los cristianos guardaran la ley como medio de su desarrollo. Él nos ha dado una medida aún mayor, la del rendimiento completo a su Santo Espíritu, y de nuestra obediencia a Él, para dejar que Él desarrolle en nosotros la imagen misma de Cristo. Todo es obra suya, y sólo Él puede hacerlo. Hemos de dejar que Él obre en nosotros.

En contestación a la última cláusula de esta pregunta es necesario recordar la gran verdad fundamental de la fidelidad de Dios. Nadie que haya sido salvo puede caer de la salvación. Como hemos demostrado ya, la frase «de la gracia habéis caído» no tiene nada que ver con la salvación, sino con el fundamento de la gracia en la vida cristiana. Pero es también verdad que los cristianos pueden pecar, y pecan. Un cristiano puede tropezar y caer, pero, «se afirmará, que poderoso es el Señor para afirmarle» (Romanos, XIV, 4). Hay una gran diferencia entre caer en la cubierta de un barco y caer fuera de la cubierta. Un cristiano podrá caer, pero nunca caerá «fuera». Dios ha prometido guardar a todos los suyos y perfeccionar la buena obra que comenzó en nosotros hasta el día de Jesucristo. Dios es fiel y guardará su promesa.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN PARA 1935

España y Portugal.

Año	6,— ptas.
Semestre	3,— »
Paquetes desde 10 ejemplares:	
Trimestre, por ejemplar	1,25 ptas.
Semestre, por ejemplar	2,50 »
Año, por ejemplar	5,— »

América.

Año	10,— ptas.
Semestre	5,— »
Paquetes, por ejemplar	8,— »

Los demás países.

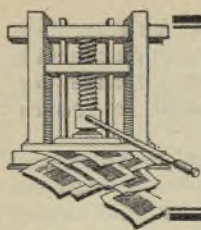
Año	12,— ptas.
Semestre	6,— »

Importante. — Las suscripciones por paquetes habrán de abonarse NECESARIAMENTE antes de terminar el trimestre correspondiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

BENEFICENCIA, 18. + MADRID (4)

Teléfono 33590.



INFORMACIÓN EVANGÉLICA

ESPAÑA

La Semana de Oración en Madrid.

Las reuniones de Oración unida que quedan de esta semana se celebrarán: hoy jueves, en la Iglesia de Calatrava, 25; mañana viernes, en la Iglesia de Noviciado, 5, y el sábado, en la Iglesia de General Lacy, 18, empezando a las ocho de la noche.

Es de esperar que estas reuniones se verán tan concurridas como las ya celebradas en los días anteriores.

Las Fiestas de Navidad.

Madrid.—Correspondiendo a la amable invitación de la Unión Cristiana Femenina, de Madrid, nos reunimos, el 25 del pasado Diciembre, en su amplio salón de actos, un centenar de personas para conmemorar la gloriosa fecha del nacimiento del Salvador.

Abrió la fiesta, pronunciando breves y sentidas frases, la presidenta de la U. C. F., Srta. Emilia Taibo. Se leyeron pasajes bíblicos relacionados con la solemnidad que se conmemoraba. Las jóvenes unionistas cantaron a varias voces diversos villancicos, acompañadas al piano y violín, respectivamente, por las Srtas. Gaertner y Bolet, y, a petición de la U. C. F., dirigió a todos la palabra D. Zacarías Carles, explicando, de modo claro y preciso, lo que Navidad significa para un verdadero cristiano.

Pero aun hubo más. La U. C. F. obsequió a todas sus asociadas con un artístico texto de pared y un ejemplar del Nuevo Testamento, con notas, obsequio hecho de modo especial para aquellas señoritas unionistas (que ya son buen número) que no pertenecen a ninguna Iglesia evangélica y con quienes lleva a cabo la U. C. F. una labor evangelizadora digna de sincero aplauso.

Como compensación, a aquellos que habíamos quedado sin el «aguinaldo» antedicho, y sin duda alguna para que la boca no se nos hiciera agua, nos invitaron a tomar una taza de aromático «moka», acompañada de turrón y galletas.

Rióse mucho luego, se jugó también bastante y, tras de pasar allí unas agradabilísimas horas, salimos todos muy complacidos de las atenciones recibidas en la Unión Femenina... y deseando que fiestas como ésta, de tal camaradería cristiana, se repitan con mayor frecuencia. — *Cronista.*

Para recibir el año 1935, nos congregamos, la tarde del primero del corriente, en el local de la Unión Cristiana de Jóvenes,

de Madrid, buen número de miembros y simpatizantes. Ni que decir tiene que en esta reunión hubo lo que en todas las reuniones en que predomina el elemento joven: entusiasmo, fraternal espíritu, buen humor, etc. También hubo en la reunión mucho optimismo y, por parte de los jóvenes unionistas, deseos sinceros de trabajar con todo celo, en el nuevo año, por la causa unionista, que, para bien de la juventud madrileña, anhelamos extienda su radio de acción y su influencia. Al final de tan simpática reunión se hizo una colecta, que irá a engrosar la suscripción abierta por la Alianza Evangélica Española a favor de los huérfanos de Asturias. — *ESE.*

Cartagena.—A las cinco de la tarde del día 25 se celebró la fiesta del arbolito de Navidad, para festejar a los niños y niñas de estas escuelas. La concurrencia fué más numerosa de lo que permite el local, pues las dos terceras partes de éste se hallaban ocupadas por los pequeños. Éstos hicieron las delicias de los mayores, cantando himnos, recitando textos bíblicos y poesías, y respondiendo a algunas preguntas que les dirigió nuestro pastor D. José Crespo, quien a su vez nos habló del significado de la Navidad, haciendo algunas atinadas observaciones. Terminó tan simpática fiesta con un reparto de premios a los niños que tuvieron mejor asistencia durante el año a la Escuela Dominical, y con una distribución de golosinas entre todos. Que el Señor toque los corazones de los que asistieron y oyeron por primera vez la Buena Nueva de salvación. — *Una oyente.*

Asquerosa.—Con selecta y numerosa concurrencia se celebró en la escuela evangélica de este pueblecito granadino la fiesta de los niños. Dió principio el acto con la invocación al Señor. A continuación cantaron los niños varios himnos de Navidad y recitaron variadas poesías, diálogos y discursitos, propios de estas festividades, mereciendo todos los pequeños la aprobación y aplausos de cuantos asistimos a dicho acto. También nos habló el maestro evangelista don Raimundo Luis González, del significado de la fiesta que se estaba celebrando. Por último, nos dirigió la palabra D. Salvador Iñiguez, pastor de Granada, haciendo resaltar con frases sencillas y acomodadas a la inteligencia de los niños, cómo el Señor Jesús vino a este mundo para que ellos y todos los demás seres humanos fuesen buenos y cumplieran con los preceptos del Señor, dando él mismo ejemplo en todo con obras

y con palabras. A continuación se hizo el reparto de juguetes y dulces que los pequeños recibieron con gran alborozo y regocijo. Todos salimos muy satisfechos de tanto bien como hacen los evangélicos en este pueblo, a pesar de la oposición de que muchas veces son objeto. — *M. Birlan.*

Congreso Evangélico en Portugal.

Según leemos en la Prensa hermana del país vecino, ha comenzado con gran entusiasmo la inscripción de congresistas para el primer Congreso de la Juventud Evangélica Portuguesa, cuya celebración se ha señalado para el próximo mes de Mayo. La cuota de congresista es de diez escudos (menos de cinco pesetas españolas), y la inscripción quedará cerrada diez días antes de la apertura del Congreso. La cuota de congresista da derecho a un lugar reservado en las salas donde se celebren las sesiones, a la tarjeta de congresista, la insignia y el programa. La Comisión ejecutiva procurará alojamientos y comidas para todos los congresistas de fuera de Lisboa, en las condiciones más económicas posibles.

La preparación del primer Congreso Evangélico de las Juventudes portuguesas ha causado una inmejorable impresión entre los jóvenes y no jóvenes de nuestro país, y nosotros creemos que España (si es invitada) tendrá una lucida representación en dicho Congreso, para el cual pedimos las mejores bendiciones de Dios.

NOTAS BREVES

Iglesia Evangélica Española, Córdoba.—El Domingo 9 de diciembre, en el culto de Comunión, dirigido por el Rdo. Elías Araujo, fueron recibidos en esta Iglesia, mediante profesión de fe, los nuevos miembros Dolores Durillo, José León y Basilio Baena. Y en el vecino pueblo de Villafraña (donde al día siguiente se celebró también el Sacramento de la Comunión), cuya Congregación es aneja a la de Córdoba, hicieron asimismo pública profesión de su fe, y participaron por vez primera de la Santa Cena, Isabel Pérez, Antonia López, Juana Martínez, Concepción Morales, Manuel González y Rafael Fernández. Que el Señor bendiga a todos muy abundantemente.

Iglesia Española Reformada, Sevilla.—El domingo, 30 de Diciembre próximo pasado, y en el culto de las once de la mañana, fué bautizado por el Reverendo Progreso Parrilla, de Linares, un niño, hijo de D. Juan García Rodríguez y de su esposa, doña María Expert, a quien se le pusieron los nombres de Andrés Miguel. Fué apadrinado por D. Santos M. Molina y por la señorita María Jiménez. Deseamos que el Señor bendiga al nuevo miembro de la Iglesia, como igualmente a los padres y padrinos para que le puedan dar instrucción adecuada en los deberes del cristiano.

EXTRANJERO

La Iglesia en Rusia.

La Iglesia luterana, antes muy floreciente en Rusia, va desapareciendo. Antes contaba con unos 200 pastores en los vastos distritos del Sud, la Crimea, Volga, Ural, San Petersburgo, Moscou y hasta en Vladivostok, en el extremo Oriente. Actualmnete no quedan más que 15.

La persecución contra los pastores, que parecía terminada, arrecia otra vez. En la Ukrania rusa cinco pastores han sido apresados sin causa conocida, otro en el Volga, otro en Transcaucasia, mientras que otros 25 continúan presos sin motivo ninguno. La opinión pública en Europa no ha protestado todavía contra estos actos de violencia. Otros son martirizados en los campos de concentración y expatriados al Norte, en la ribera del mar Blanco. El pastor Hahn de Hochstadt ha sido hallado muerto de hambre en su calabozo.

En cuanto a los quince que continúan su obra, peligran en su libertad y tal vez en su vida. Su labor se les hace imposible por las cortapisas oficiales, que hasta les impide visitar las agrupaciones aisladas. Hasta hace poco se les permitía dar la instrucción religiosa a los que tuvieran dieciocho años cumplidos. Ahora hasta esto se les prohíbe. Los templos y capillas se van cerrando y en muchas ciudades y aldeas ya no se celebra culto de ninguna clase. Antes se autorizaban las reuniones religiosas en las casas, ahora ya no. A los pastores se les imponen tributos muy elevados, y cuando no se apresuran a pagarlos se les quitan los muebles y hasta los vestidos. Como se ve, los soviets hacen cuanto pueden para aniquilar la obra evangélica.

A Judas.

La Rusia de los soviets, queriendo encarnar en el pueblo su ideal antirreligioso, ha levantado un monumento a Judas. *Das Neue Volk* publica lo siguiente:

«El monumento ha sido erigido en Swiatsch, en el Volga, cerca de Kasan, y representa a un gigante que está amenazando al cielo con el puño en alto. Cuando la inauguración, el principal orador dijo que el gobierno estuvo mucho tiempo indeciso en glorificar a Caín, Judas o Lucifer, pero que finalmente se decidió por Judas porque traicionó al fundador del Cristianismo, por cuyo motivo fué maldito.

¡Cuánta aberración infantil! Según *Reformierte Schweizer Zeitung*.)

Un anagrama.

Célebre e ingenioso es el formado de la pregunta que Pilatos dirigió a Jesucristo: *¿Quid est veritas?* (¿Qué es la verdad?)

He aquí la respuesta, formada con las mismas letras de la pregunta: *Est vir qui adest.* (Es el hombre que tienes delante.)

DE LA OBRA EN ESPAÑA... HACE SESENTA AÑOS

En éste, como en otros años, han tenido su fiesta de Natividad los niños de las diferentes escuelas evangélicas de Madrid.

En todas partes ha reinado el orden y compostura, unido a la infantil alegría.

Las reuniones han sido públicas, y los niños obsequiados han subido este año a la cifra de unos quinientos.

¡Quiera el Señor bendecir este número de estudiantes infantiles, que tienen en sus manos la Biblia! Cuando, andando el tiempo, si Dios lo permite, haya en cada capital de primer orden quinientas familias cristianas, España comenzará a ver su restauración. — (*El Cristiano*, 9 de enero de 1875.)

Señor Director del periódico *La Luz*: Muy señor mío y hermano: Estimaré de la bondad de usted dé cabida en su ilustrado periódico al último comunicado de la que fué mayoría de la *Unión Cristiana de Jóvenes*, por lo que, y en su nombre, anticipa a usted las gracias su afectísimo hermano, el secretario, *Miguel Tapia*.

La mayoría que fué de la *Unión Cristiana de Jóvenes* está en deuda con los lectores del periódico *La Luz*, en particular, y, en general, con todos sus hermanos en la fe.

La deuda se refiere a la distribución de los fondos que tenían depositados en el Monte de Piedad, y que ascendían a la suma de 827 reales. Ésta se ha distribuido entre los pobres de las iglesias madrileñas, según informes pedidos a los pastores y encargados de las mismas, y que detalla la siguiente relación:

A diez pobres de la Iglesia del Redentor, 220 reales.

A tres pobres de la Iglesia de Jesús, 60 reales.

A siete pobres de la Iglesia de las Peñuelas, 140 reales.

A un pobre de la Iglesia Primitiva, 20 reales.

DOMINGO DE LA PRENSA

Última lista de donativos para "España Evangélica".

	Pesetas.
Suma anterior	859.90
Un inglés, Eslida	7.50
Iglesia Metodista, Mahón	3.—
E. J. Stiedenrod, Tetuán	4.—
Lucía Branizar, Arecibo	20.—
Iglesia de Jesús, Madrid-Calatrava	45.—
Higinio Durán, Roma	15.—
Consuelo Carrasco, Lausana	3.—
Isabel Bernad, Tauste	2.—
María Torres, Ibiza	5.—
Teresa López, Madrid	5.—
Herminia Rodríguez, Madrid	2.—
Familia Castell, Termp.	12.—
Iglesia de Valdepeñas	9.—
R. L. González, Asquerusa	1.—
Manuela López, Guadarrama	2.—
Emilio Barnedes, Palafrugell	2.—
Iglesia Bethel, Tarrasa (Barcelona).	25.—
Juan Nieto, Madrid	15.—
Suma total	1.137.40

A nueve pobres de la Iglesia de la Trinidad, 180 reales.

A ocho familias necesitadas, sin distinción de creencias, 200 reales.

Gratificación a un escribiente, 7 reales.

Total, 827 reales.

Las Iglesias de la calle de Leganitos y Glorieta de Quevedo, en Chamberí, sus encargados no han tenido a bien pasarnos lista de las personas necesitadas, aduciendo razones de hechos que ya pasaron, y que la que fué mayoría no quiere en manera alguna contestar.

Los hermanos que quieran saber el domicilio y nombre de los socorridos, pueden pasar por la casa del que fué tesorero (Carmen, 34, bajo), donde se les presentará el *estado en detalle*. — Es copia. — El secretario, *Miguel Tapia*. — (*La Luz*, 2 de enero de 1875.)

Los cristianos evangélicos de toda España, en comunión con los de todo el mundo, dedican esta primera semana del año a la oración, para implorar de Dios nuevas bendiciones durante el año en que hemos entrado. Las capillas evangélicas de Madrid se hallan concurridísimas cada noche con este objeto, y repetidas y fervientes súplicas se elevan a Dios por los reyes y autoridades, por militares y marinos, por presos y cautivos, por pobres y ricos, por los afligidos y atribulados, por los hijos de familia, por los encargados de su dirección e instrucción, por la extensión de la libertad religiosa, por la paz entre las naciones, por la extensión del Evangelio y por otros varios objetos que llaman continuamente la atención y solicitud del mundo cristiano. No dudamos que el Señor escuchará tantas plegarias, y su respuesta favorable no se dejará esperar.

De Sevilla, Granada y otros puntos sabemos también que son muy concurridas estas reuniones de oración. — (*La Luz*, 9 de enero de 1875.)

ESPAÑA EVANGÉLICA da las gracias más expresivas a todos los donantes, que, con su generosidad, han demostrado su interés por la publicación de este periódico, y aceptará con gratitud toda ayuda, pequeña o grande, que se le envíe con este objeto.

Alianza Evangélica Española.

Por los huérfanos de Asturias.

Suma anterior, 248,10 pesetas.

Recibido por el Tesorero de la Alianza: Escuela Dominical de la I. E. R. (Valencia), 70,50 pesetas; Juan Nieto y familia (Madrid), 10; Niños Alberich (Madrid), 5; José Crespo y señora (Cartagena), 5; Teresa Blanco (Cartagena), 3 pesetas.

Recibido en esta Administración y entregado al Tesorero de la Alianza: Iglesia del Redentor (Madrid), 61,90 pesetas; Isabel Bernard (Tauste), 2; Anónimo (Sevilla), 25; Juan Hurtado (Arjona), 2; Recolectado en la Fiesta de Navidad (Centenillo), 42; Ramón Taibo Sienes (Madrid), 5 pesetas.

ESCUELA DOMINICAL

Domingo 13 de Enero.

La gran confesión de Pedro.

Luc., IX, 18-26; 1.ª Ped., II, 5 y 6.

TEXTO ÁUREO: Y respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. — Mat., XVI, 16.

TÍTULO: Pedro contesta a la pregunta de Jesús.

1) PROPÓSITO: Enseñar a los niños la importancia de contestar debidamente cuando alguien les pregunta acerca de sus creencias religiosas.

2) INTRODUCCIÓN: Menciónense brevemente las oportunidades que Pedro había tenido para descubrir en Jesús al Hijo de Dios. ¿Cómo puede descubrirlo cada uno de los niños?

3) LA LECCIÓN: Relátese la confesión de Pedro. Dígase a la clase quién creía que Jesús era Juan el Bautista y por qué las gentes lo identificaban con algunos de los Profetas. Permítase a los niños que digan quién creen ellos que es Jesús. Hábleseles brevemente de la necesidad de aceptar a Jesús como el Hijo de Dios para ser salvos. Ensenése a la clase Juan, XVII, 3. Explíquese qué significa llevar la cruz de Cristo; qué significa granjear todo el mundo y perder el alma. La necesidad de ser valientes en confesar al Señor Jesús, aquí en la tierra, para que Él nos confiese delante de Dios y de los ángeles, etc.

4) ILUSTRACIÓN: *Una disputa resuelta.* — Dos caballeros estaban discutiendo acerca de la divinidad de Cristo. Uno de ellos afirmó que si fuera así, esto hubiera sido dicho más explícitamente en la Biblia. El otro le preguntó:

— ¿Cómo lo expresaría usted para que fuera indudable?

— Yo diría: Jesucristo es el DIOS VERDADERO — respondió el interrogado.

— Ha sido usted muy feliz en la elección de sus palabras, porque son palabras de inspiración. San Juan, hablando de Cristo, dice: «Este es el verdadero Dios y la vida eterna.»

Domingo 20 de Enero.

Una lección de servicio humilde.

Juan, XIII, 1-17; 1.ª Ped., V, 5.

TEXTO ÁUREO: Sumisos unos a otros, revestidos de humildad. — 1.ª Pedro, V, 5.

TÍTULO: La dignidad de un servicio humilde.

1) PROPÓSITO: Aprender a ser humilde, a semejanza de Jesús.

2) INTRODUCCIÓN: La necesidad de lavar los pies por el uso de sandalias. El egoísmo de los doce; su disputa por la supremacía del reino. El conocimiento de Jesús de su futuro, así como de la traición de Judas, etc.

3) LA LECCIÓN: Relátese la lección con sencillez. 1) Jesús lava los pies de sus discípulos; 2) Jesús y Pedro, y 3) Ejemplo de humildad. Impresiónese a los niños con el deber de ser humildes. Colecciónense narraciones bíblicas que ilustren el servicio humilde y la recompensa de éste. Hágase a los niños que presenten algunas enseñanzas prácticas.

4) ILUSTRACIÓN: *Una costumbre de los judíos.* — En Palestina era necesario lavarse los pies con mucha frecuencia, y era uno de los requisitos de la hospitalidad. No había bancos, no acostumbraban a ponerse calcetines, y las sandalias se dejaban fuera de la puerta al entrar en la casa. El polvo, caliente y mezclado de cal, quemaba los pies, y era necesario lavarlos para quitar el dolor, así como el polvo. Por tanto, tenían a mano todo lo necesario para este acto de hospitalidad. La ablución se hacía por al-

gún criado, o por los hijos de la casa, como un deber de amor, y se consideraba como uno de los servicios más humildes.

Domingo 27 de Enero.

Negación de Pedro.

Marc., XIV, 27-31, 54, 66-72.

TEXTO ÁUREO: Así que, el que piense estar firme, mire no caiga. — 1.ª Cor., X, 12.

TÍTULO: Por qué Pedro negó a Jesús.

1) PROPÓSITO: Descubrir las causas que llevaron a Pedro a su negación.

2) INTRODUCCIÓN: ¿Han dicho alguna mentira? Si alguno lo ha hecho, pregúntesele cómo se siente después. ¿Qué habéis hecho o que deberíais hacer? ¿Quién es el padre de la mentira? ¿Cómo cometió Pedro el pecado de la mentira?

3) LA LECCIÓN: Pedro no era tan firme como creía. Cítense las protestas de fidelidad y amor que pocos momentos antes de su negación había hecho a su Señor. Primero, confió demasiado en sí mismo; luego, siguió al Señor de lejos; en seguida, se calentó cerca del fuego con los enemigos de su Maestro, y, por último, negó al Señor hasta con juramento. Así, Pedro, en su negación, fué descendiendo gradualmente: primero, una evasión; luego, una falsedad, y, por último, una negra mentira.

4) ILUSTRACIÓN: En la ciudad de Méjico (y en otros muchos centros ferroviarios) existe un lugar donde cada maquinista tiene que ir para ver si su reloj anda bien, y si no, lo tiene que dejar allí, para que lo compongan. El Dr. Frost nos cuenta que, estando cierto día mirando uno de estos reguladores en la estación de San Luis (Miso-ri), vió un hombre, de buena complexión, que se acercó y sacó su reloj. Se le vió colocar su dedo sobre el segundero para detenerlo. El Sr. Frost le preguntó por qué hacía aquello, y el hombre contestó: «¡Oh, señor, debo tener mi reloj exacto, hasta en los segundos!» Explicó que él era maquinista y que estaba para partir con su tren, teniendo en su mano la vida de muchas personas, y por esto arreglaba bien su reloj.

Hablamos mucho acerca de la obediencia y fidelidad y de la conciencia como nuestro guía, pero muchas veces nuestras conciencias necesitan un regulador, y éste debe ser la Biblia. Debemos compararlas con la Biblia, para ver si están bien ajustadas o no.

Pensamientos.

Sé todo para Cristo, ya que Él es todo para ti.

Vivir sin Dios significa morir sin esperanza.

La base de toda fe verdadera es la Palabra de Dios.

Conócete a ti mismo; pero mejor conoce a tu Señor.



España Evangélica

A nuestros lectores.

Ha entrado ESPAÑA EVANGÉLICA en el año XVI de su publicación. El camino recorrido hasta aquí no ha sido fácil, ni mucho menos. Las dificultades que ha habido que vencer no han sido pequeñas, desde luego. Las horas de desaliento en que algunas veces nos hemos visto, por falta de recursos para seguir adelante, no han sido pocas, desgraciadamente... Pero con la ayuda del Señor hemos llegado a los dieciséis años de edad.

Al saludar a nuestros lectores, queremos interesarles en la difusión de este periódico. Solamente aumentando su circulación es como podremos hacer frente a las dificultades; y cuantos estén interesados en este medio de propaganda e información están obligados, delante del Señor, a ayudarnos con sus oraciones y con sus bolsillos. Hoy tenemos periódico; ¿pero lo tendremos el mes que viene?... No esperemos a poner el remedio cuando el enfermo haya expirado. Hoy es el día de ayudar a la publicación.

Abriáramos el propósito de poder dar este año un paso hacia la normalidad, publicando tres números de ocho páginas al mes; pero no ha sido posible, y continuaremos publicándolo dos veces al mes, como hasta aquí. Esperamos que nuestros abonados comprenderán que el compromiso que tenemos con ellos por los precios de suscripción, que continúan vigentes, es la publicación de DOS NÚMEROS MENSUALES DE OCHO PÁGINAS CADA UNO. De manera que las páginas de *Revelación* y el suplemento trimestral *Seminario* pueden considerarse como páginas de regalo, que seguiremos publicando mientras se nos concedan los recursos necesarios para ello; pero que si por falta de estos recursos nos viéramos obligados a suspenderlas, no nos obligarían a nada ante nuestros abonados.

Los precios de suscripción son los mismos que los del año anterior, y lo preciso es que todos se preocupen de renovar sus abonos para el año actual, y los que reciban paquetes, pagar religiosa y puntualmente los trimestres, para evitar avisos y suspensiones, que somos los primeros en lamentar y que quisiéramos no tener que llevar a la práctica. Gracias a todos, y que el Señor a todos nos ayude en el año entrante.

Confiar en Dios sin términos.

Máquinas de escribir

UNDERWOOD Y ROYAL

grandes y portables, nuevas y seminuevas baratas, con facilidades de pago.

Se solicitan representantes en todos los pueblos.

CARLOS SCHIFFER

Cuesta del Rosario, 5

SEVILLA

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
ALAMEDA, 12-MADRID